

a Julián Marías

*Rosa Chacel (Valladolid, 1898), la gran novelista exiliada durante muchos años, desde la guerra civil, contribuye a esta conmemoración del cincuentenario de su comienzo con este poema, transposición lírica del sentido con que revive el tremendo episodio de nuestra historia.*

## Epístola

Esto, Fabio, que vemos, no es collado  
mustio ni campo solitario o yermo: es  
borrasca oceánica sin costas, sin faros, sin  
estrictos equinoccios que regulen las  
noches y los días.

Es también fiebre, espasmos, tos convulsa  
recidiva, obstinada, persistente que, desde sus  
orígenes, aqueja al esférico, errante en la parábola  
que marca el pie del tiempo y cruza el campo.

Muchas veces estuvo en tenebrosos  
trances, no en marejada tan extensa, tan  
incierta, inasible como el agua, como  
tromba, tifón o torbellino; sin base, zona  
o fuerza detectables.

¡Esto! ¿qué hará la Historia?, los pulquérrimos  
códices, las murales perspectivas, los plafones  
gloriosos con ingaves deidades o pegasos que  
pintaba, no tienen hoy modelo que les preste su  
vera imagen neta, delineable... y se queda en  
suspense sobre el álbum su mano magistral, ¡ay!  
temblorosa.

Su mano y su acezante aliento trémulo  
no cederán a la acomodaticia paz, sujeta a  
los cánones exhaustos de la que fue  
Justicia, soberana cuyos feudos regiones  
abarcaban de altas cumbres y páramos y  
ciénagas.

Ese aliento invencible, a un tiempo agónico,  
nos corrobora en la incalificable indecisión en  
que, al vivir, rodamos sin ley, sin freno al que  
llevamos dentro raudal incontenible de deseos.

Ya se acusó bastante a ese torrente, ya  
Oriente y Occidente convinieron... Sus  
sentencias no sirven, ante el Hoy,  
personaje hasta hoy desconocido.

Es tan original, tan venerable su  
juventud; el Hoy es tan potente que siendo  
oscura y turbia la matriz en que se  
autoengendró, hoy es presente el Hoy  
sagrado, inmenso, sin contornos, sin  
miembros en que puedan esposarlo las  
torpes fuerzas que no se detienen en la  
meditación, arrobos y éxtasis de su  
grandeza y, más hondo, belleza o en  
fin, verdad.

Este presente, omnímodo Hoy, que  
todo lo ve y todo lo oye, lo goza y lo  
padece, lo encariña como propio, lo  
abomina y execra y, como propio, siente  
más hincado lo detestable, inextirpable  
acaso... Este Hoy nuestro, dejando toda  
hipérbole, su filiación incontestable es  
REAL.

Por esto, ¡oh Fabio! yo, que sólo tengo  
la facultad de ver, espectadora atención,  
con aliento contenido y discreto silencio  
-más difícil de contener a veces- me he  
negado a una contribución que, por ser  
mía, jamás iría al paso de los doctos.

Tampoco quise, aunque me sea fácil,  
jugar con las palabras como pitas  
infantiles, deliciosas al tacto de su ritmo,  
ofrecerte una elegía a lo que fue el dolor de  
nuestra España...

Tampoco pude hilvanar optimistas panoramas: mi hábito es pisar fuerte y temer arenas movedizas. Así, pues, esta epístola te envío -género tan dilecto y genuino-hablándote de aquellas posesiones que se poseen a sí mismas -creo que más justo es decir que nos poseen en su seno inefable- las esencias de lo que es en la tierra. En nuestra tierra te diría si el Hoy me permitiese delimitar rincones geográficos,... Pero no he de incurrir en aparente humanismo magnánimo, al estilo de conspicuos, sin fin, benefactores. Mis pecados -que no ignoras- confieso en su soberbia índole y raigambre de personal escrúpulo elitista. Sí, lo perfecto... Sí, lo singular, lo secreto, lo único es mi meta y, aunque suene estrambótico, es mi fe.

Atando cabos, toda esta monserga -abrupta, aunque ceñida a forma clásica-sólo intenta llegar al punto álgido, al punto oscuro, en fin, al que asomados temblamos-con temblores muy diversos-todos, ¡oh, Fabio! todos los mortales por ser mortales, pura y simplemente.

Mas ya que me atreví, surcando el miedo -piélago universal- a decir Fe añadiré; todo lo dicho antes es vano, si no dice lo que calla.

La Fe con la Increencia se debate -como en cualquier humano corazón el amor con los celos- en el ámbito que el tiempo puebla y que la Historia acuña. La mía rueda ansiosa, sin posarse, confiando en su ser inextinguible, sin desechar la veste milenaria que vistió y que conserva en el almario, resguardada del diente del olvido.

Hoy en día, ante el Hoy que se presenta imponiendo su moda -que es el modo del Hoy irrechazable- refugiada pervive y viste y luce los patrones

que la estulticia -o guerra- dejó intactos.  
Castilla en mieses, flores en el Sur, heléchos  
en el Norte... montes, ríos... en cuanto a  
aquello que se llama tierra.

Además, Fabio, lo que bien conoces,  
aquello que escapó sin alejarse, sin  
disiparse, por sus genuinos alcances o  
poderes, enredados en el enredo universal:  
el ansia -sólo pareja al cielo- del Saber.

Perdona ¡oh docto y sabio y caro Fabio!  
(este nombre sagrado te confiero, sagrado  
como ente de poesía sagrado por secreto y  
pertinente -más que los nombres, aunque  
verdaderos, concedidos al mundo- al  
pensamiento que nos acerca a la cumbre o  
abismo, ciudadela de letras, que  
guardamos). Perdona pues, con sonrisa  
magnánima mi audaz batiburrillo  
endecasílabo. Te dije, al aceptar, de mí no  
esperes nada sensato; el juego en el estadio  
de libertad del verso es mi carrera...

Por suscitar ante tu mente evoco  
algo cordial y nuestro y verdadero, el  
triste e inmortal mustio collado.

R.C.\*

\* Real Academia de la Lengua.